

## SOL ANDÚJAR

**A**miga y compañera de Irene del Colegio Ramón y Cajal desde infantil hasta bachillerato, escritora aficionada y blogera (“Cantar los cuarenta”), padeció en paralelo la misma enfermedad que ella, y nos dejó dos días antes que Irene.



Dos grandes amigas: Soledad Andújar e Irene Aparici



## Breve autobiografía

**C**omo casi todos los de nuestra generación, nací porque sí, porque era lo correcto y lo que tocaba. No había otra opción para nuestros padres. Eso o vivir con una asignatura sin aprobar, y con cierta culpabilidad pues era una desilusión para la familia. No nos buscaban. Veníamos, llegábamos.

Yo nací un martes y trece (de junio de 1967), que no sé si habrá marcado una parte de mi vida, pero si hubiese sido supersticiosa me hubiese hundido en la miseria.

Me llamaron Soledad... y soy hija única. Tampoco sé si el nombre que pones a un hijo le marca en su vida, por eso yo he preferido ser prudente al poner nombre al mío, y cuando vi que Héctor significaba hombre culto y educado, me quedé tranquila y nos hizo decantarnos por él.

En aquellos años dudo mucho de que nadie hubiese oído hablar de lo que era un ecógrafo, ni se imaginaban la posibilidad de saber el sexo de los niños antes de nacer, salvo por pura probabilidad, tamaño, altura o forma puntiaguda de la barriga, sentido del movimiento circular de un péndulo sobre la barriga de la futura madre o la fase lunar en los días cercanos al parto. Y por ello la gente rezaba, entregaba su fe a alguna imagen y le daba limosnas-sobornos para ver si así conseguía lo que quería. Porque todos los hijos son bienvenidos y todos dan alegría... pero unos hacen más ilusión que otros. Por eso mi madre, en esos días le rezaba al Cristo de

Medinaceli para que naciese un niño que se iba a llamar Antonio. Bien por probabilidad, bien porque el Cristo tenía peticiones más urgentes lo único que sucedió es que... ¡¡¡nació una niña el día de San Antonio!!! Y es que según su tía estaba perdiendo el tiempo con sus plegarias, porque era luna de niñas.

Esta anécdota sale a relucir bastantes veces porque, cuarenta años después, cuando me quedé embarazada y andábamos en ese trance de la búsqueda de nombre, comenzamos a bromear con el nombre de Benito, hasta el punto que amigos y familiares le llamaban así (yo fui la única que nunca lo hizo). Iba a nacer por cesárea programada y cuando el ginecólogo nos dio la fecha definitiva, Fernando comprobó, no sin pitorreo, que era... ¡¡¡el día de San Benito!!!

No sé si los astros guiarán nuestro futuro, nuestros horóscopos influirán en nuestra personalidad o un ser superior nos maneja como marionetas, pero hace ya tiempo que tengo mucho cuidado con lo que pido, pienso o deseo, porque para muestra un botón.

## Las ocho y diez

**V**olvió sobre sus pasos. No le bastó con volver la vista atrás, sino que deshizo el camino para ver lo que había en aquél agujero. Era tan negro que recordaba al infierno. A esa idea que se tiene de pequeño de un infierno negro con seres de color rojo que se movían alrededor de un fuego que emitía reflejos también rojos...

Pero no era solo oscuridad lo que había allí. ¿Qué extraño sentimiento morboso le inclinó a asomarse a aquél lugar? El miedo le sobrecogía pero no se podía alejar.

Al cabo de un rato retrocedió por donde había venido y por el camino se forzó a olvidar y a pensar en cosas brillantes, de colores; en succulentos manjares que le proporcionasen una sensación agradable y le quitasen ese amargo sabor de boca.

Al llegar al pueblo entró en el bar en el que siempre se tomaba una cerveza al volver de su paseo vespertino. Julio, el camarero, le puso sobre la barra un doble sin apenas espuma de una rica cerveza negra, bien reposada después de tirarla. Le extrañó que Víctor no se la llevase a los labios inmediatamente para dar el largo trago que le devolvía color a la cara. Siempre era igual. Aparecía por la puerta del establecimiento con un color de piel casi céreo debido al frío del invierno y poco a poco recuperaba el característico rosado de las mejillas.

Víctor no hacía más que mirar su jarra y darle vueltas. Comparaba mentalmente los dos tipos de oscuridad. La cerveza

tradicionalmente llamaba negra no era tal, sino tostada. Un marrón oscuro con ciertos toques cobrizos al pasar la luz a través del líquido y el cristal.

Decidió marcharse a casa sin terminar su consumición, no fuese que se hiciese de noche. Se disculpó diciendo que estaba incubando un constipado, pagó y se fue.

—Si es que ya no tiene usted edad para salir al monte con este frío, Don Víctor. Cualquier día nos va a dar un disgusto —le decía Julio mientras le cobraba. Pero él sabía que aquello no era ni un constipado ni cosa de la edad. Chasqueó la lengua, movió la cabeza negando y siguió limpiando la cristalería. Todo debía estar perfecto para cuando llegase el grupo municipal a cenar. No todos los días viene el alcalde a saborear las deliciosas tapas caseras que preparaba su hermano.

Víctor llegó a casa y apenas probó bocado. Se marchó directamente a la cama en cuanto cayó la luz de la tarde. No se atrevió a apagar la luz; no quería sentirse rodeado de oscuridad. Tenía 72 años y era viudo desde los 50. Desde entonces había guardado luto por ella; no la podía olvidar. Llevaba flores a su tumba cada martes, el día de la semana en el que ella se marchó. Veintidós años sin faltar un solo martes, hiciese sol, lloviese o nevase. Seguía viéndola entrar por la puerta de casa diez minutos después de las ocho de la tarde, cuando cerraba su tienda de flores. Unas veces con un ramo en la mano, otras con una maceta y siempre con la sonrisa que a él le alegraba tanto el corazón. Cuando entraba, la casa entera parecía saludarle e incluso llegó a sentirse celoso de la puerta de la entrada, pues la tocaba antes que a él, que era el que esperaba con anhelo el beso de las ocho y diez de la tarde. El mismo que le dio aquél trece de junio de hacía ya veintidós años y cerró los ojos para nunca más volver a abrirlos. Aquél día, en lugar de llegar se marchó para nunca más volver. Desde entonces, Víctor no estaba en casa nunca a aquella hora. Esperaba en el bar hasta la hora de cenar. No podía soportar que la puerta no se abriese.

Aquella noche pensó en el oscuro agujero y en la atracción que había tenido sobre él. Le vino a la cabeza como su mujer cerraba los ojos e intentó imaginar que vio en su último instante de vida... y solo podía ver oscuridad. La oscuridad del agujero que se hacía cada vez más grande y se acercaba a sus pies a punto de engullirlo.

Se despertó empapado en sudor. Había sido una pesadilla. Se levantó y sin siquiera desayunar salió a la calle y recorrió el mismo camino que el día anterior. Llegó hasta la Loma de la Encina igual que la víspera, pero no había ningún agujero. Dio vueltas y vueltas por la zona. Sin entender nada se sentó bajo el árbol dónde él creía que había estado el día anterior y suspiró.

Julio echó en falta a Víctor esa tarde; Don Víctor, como todo el mundo le llamaba. Mandó a uno de sus hijos, el más pequeño, a su casa a ver si le había pasado algo.

—Si es que este hombre, tan mayor y solo...si ya me parecía a mí ayer que no estaba bien. Anda, Felipe, vete a casa de Don Víctor a ver si necesita algo. Y Felipe volvió como se fue; sin saber nada. No estaba en casa. A Julio aquello no le gustó nada y como en ese momento aparecía por la puerta su otro hijo le dijo que se fuese al monte a buscar a Don Víctor.

—Si es que no puede ser. Si es que a sus años un trapiés puede ser fatal —y chasqueó la lengua y negó. Una hora después llegó una cuadrilla de la Policía Local. Habían encontrado a Don Víctor sentado al pie de una encina, allá en la Loma. Una sonrisa se dibujaba en su boca y por el buen color de su cara parecía dormido.

Por el pueblo se corrió la voz de lo sucedido y cada cual comentaba lo que le parecía. Unos que si había sido un infarto, otros que si su primo también se quedó con una sonrisa cuando le dio la embolia el verano anterior, pero menos mal que fue en casa y estaba su sobrina con él; otros, los más, que a quién se le ocurre, con el frío que estaba haciendo ese invierno, ir hasta la Loma... Pero Víctor cerró los ojos sin comprender lo que ocurría... y en ese momento volvió a ver el agujero y la oscuridad a sus pies. Extendió su mano

para tocar el borde y un beso se posó sobre su mejilla. Eran las ocho y diez cuando se reunió con su esposa al otro lado de la oscuridad...

## Dalia

Dalia se sentó en su terraza como muchas otras veces había hecho. Al mirar al cielo veía como de vez en cuando pasaba un avión (no obstante el aeropuerto estaba cerca), y no podía evitar fantasear con la idea de que las personas que iban dentro iban a un lugar feliz donde nada malo pasaba. Más que un pensamiento era un deseo lleno de esperanza.

Una voz le sacó de su ensoñación.

—¡Daliaaaaa! ¿Te encuentras bien? ¡Voy a salir un momento!

Era su hermana que hacía un descanso en sus estudios y aprovechaba para ver a su novio que trabajaba en la panadería de debajo de casa. Hacían una buena pareja. Sonreía al pensar en ellos. Tenían tanto por vivir, por hacer, por disfrutar.

—¡Sí, Rosa! ¡Estoy bien! Estoy tomando un poco el sol. ¡Vete tranquila y relájate!

Rosa estaba estudiando unas oposiciones para conserje del Ministerio de la Salud y se estaba esforzando mucho. Se merecía ser feliz. Se habían quedado solas muy pronto y Dalia se hizo cargo de Rosa. Pensando en eso volvió a sonreír y se imaginó a sí misma a su edad. Ella también había tenido un presente y un futuro, también se había esforzado, también se merecía disfrutar. Pero el disfrute lo había dejado un poco de lado, siempre después del trabajo, la casa, su

hermana, su marido. Tenía aún mucho tiempo para disfrutar... o al menos eso creía.

Un día, sin más, sin un por qué, todo en su interior se rompió. Todo fue muy rápido. Una revisión rutinaria, un aumento de peso sin sentido, una cirugía, un análisis histopatológico... y ya estaba ahí. Lo que siempre les pasa a otros estaba ahí. De lo que siempre se habla y siempre se oye, de repente se siente. Ese cangrejo que siempre leía en su horóscopo en el periódico y le hacía reír por la imaginación de quién lo escribía. De repente Cáncer se escribió con minúscula y cambió la risa por el llanto.

Habían pasado tres años desde aquello y no podía evitar sentir dolor cada vez que miraba a esas personas a las que tanto amaba y a las que quería evitar el sufrimiento a todo trance. Su marido estaba fuera casi todo el día trabajando. Era su hermana la que más tiempo pasaba en casa, la que más compañía le hacía aunque estuviese la mayor parte del tiempo en su habitación estudiando o en la panadería con su novio. Cada vez que la veía pintarse los labios en el cuarto de baño para irse a la calle intentaba transmitirle mentalmente la idea de "vive este momento, vive cada momento, vive..."

Oyó cómo se cerraba la puerta del portal. Otro avión atravesó el cielo por encima de ella y volvió a desear que las personas que iban dentro fuesen a un lugar feliz donde ella llevaría un día a quienes quería.

## Cielo blanco

**T**ras un primaveral otoño que parece eterno y un día de Reyes a 25 grados, hoy el cielo se ha vuelto blanco y el ambiente muy frío. Resulta incluso frío en todos los aspectos. Todo a mi alrededor se ha congelado, como las imágenes de esos flash mob, en los que todos se paran y se puede caminar entre ellos. Pues eso es lo que me parece a mí que me va a pasar cuando salga a la calle. Todo será como ayer, y como antes de ayer y como antes de antes de ayer, pero con el cielo blanco. Es mi deber, mi obligación conmigo misma, utilizar toda esta carga de vida que tengo hoy y que es completamente para mí y quién la quiera aprovechar conmigo hasta las 6 de la tarde. Hora en la que toda esa vida la compartiré con Héctor. Se la daré directamente para que él tenga más; para que tenga unos ahorrillos de vida en su banco personal y los use cuando quiera o le hagan falta. Será bonito, ¿verdad? En lugar de dar aguinaldo en dinero en Navidad o dar dinero en las celebraciones o aniversarios, tendrían que darnos un número de cuenta para meter ahí un poco de nuestra vida... para lo que venga en el futuro.

De momento, solo hay un cielo blanco y un deseo de compartir y repartir vida.

*(Los anteriores textos pertenecen a Sol Andújar, y fueron recogidos por Irene cuando ambas aún estaban entre nosotros)*